



EL ARTE Y LA RELIGIÓN

MAX STIRNER
1842

Hegel sitúa el Arte antes de la Religión; esta posición se debe a su carácter de constante bajo el punto de vista de los criterios históricos. Tan pronto como la persona sospecha que tiene espíritu, es decir que en él lo animal y lo natural es insuficiente, y que Otro deberá llegar a ser, para la persona del presente ese Otro que debe llegar a ser es más bien un aun más futuro ser, cuya esperanza solamente se realizará en el Otro; en realidad, así como la adolescencia es el futuro y alma del joven que en ella deberá realizarse, el

hombre moral es el futuro del niño que solamente posee su inocencia -; desde el momento en que el hombre despierta a este presentimiento que le lleva a dividirse, a escindirse entre aquello que es y lo otro en lo que se deberá convertir, inmediatamente suspira con todas sus fuerzas por ese segundo ser, ese Otro, no descansando hasta no ver la altura de su espíritu ante sí.

Durante mucho tiempo sigue siendo preso de la vacilación, solamente tiene la sensación de una forma luminosa que

desea levantarse de la oscuridad de su interior, pero que no tiene hasta ahora ningún contorno cierto o forma fija. Conjuntamente con el pueblo quien tienta también en la incierta negrura, por eso el ingenio vacila durante algún tiempo en busca de la Forma [Gestalt] que configurará su presentimiento; pero donde nadie consiguió éxito, él lo consigue - da forma a su presentimiento, consigue configurarlo, crea el Ideal. Pues ¿qué es el hombre realizado, el destino más auténtico del hombre, ese cuya visión cada uno tiende a ofrecerse a sí mismo, sino el hombre ideal, el Ideal del hombre? Finalmente el artista descubrió la verdadera palabra, la verdadera configuración, la visión verdadera que conviene mejor a las aspiraciones de cada uno, y para tal propósito creó el Ideal. "¡Sí, es precisamente eso, esa es la imagen de la perfección, la expresión de nuestra aspiración, la Buena Nueva (Evangelio) traída por nuestros valedores hace mucho enviados en misión sobre las cuestiones de nuestro espíritu sediento de apaciguamiento!", exclama el pueblo ante la creación del genio, cayendo en adoración.

¡Sí, en adoración! La necesidad extrema del hombre de no seguir solo, duplicándose, de no estar satisfecho consigo mismo, hombre natural, buscando antes el segundo hombre, el canto religioso, es pacificada por el hombre de carácter que lleva la división a su término. Entonces, y sólo entonces, aliviado, se decide el hombre a respirar hondo, sus turbaciones interiores se resuelven, y la sospecha perturbadora se lanza ahora adelante como una forma sensible. Por la configuración del presentimiento que lo atormentaba. El hombre se enfrenta consigo mismo. Este

Otro en confrontación es él en sí mismo y aún no es él: es más allá de él, donde todos sus pensamientos y todos sus sentimientos se purgan sin nunca alcanzarlos y es su más allá en vuelto de este lado su presente y en éste inseparablemente entrelazado. Es el Dios de su interior, aunque se mantiene el en exterior, no pudiendo nunca aprehenderlo o comprenderlo. Lleno de deseos, extiende los brazos, pero la confrontación es inaccesible; pues si fuera accesible, ¿cómo permanecería entonces lo que "se enfrenta"? ¿Cómo se conservaría la división, con todos los sus dolores y placeres? Expresando esta división por el término que lo designa, ¿cómo se mantendría la Religión?

El arte crea la división, oponiéndose al hombre a su ideal, pero la visión del ideal que se prolonga hasta ser reabsorbido y reasimilado y observar que mantiene firmemente su deseo, se llama religión. Como ésta es contemplación, necesita pues de una forma o de un objeto que se le oponga, y el hombre como ser religioso va a formarse con el ideal manifestado por la creación artística; considera como un objeto su otro yo exteriorizado. Ésta es la fuente milenaria de todas las torturas, de todas las luchas, porque es provoca temor estar fuera de ti mismo, y cada uno lo está cuando es para sí mismo su propio objeto y es impotente enteramente para unirlos en sí, destruyéndolo como objeto, como confrontación que resiste.

El mundo religioso vive en el sufrimiento y en la alegría que deviene de este objeto, vive en la separación del hombre en relación a sí mismo y su existencia religiosa no se somete a la razón sino al entendimiento. ¡La religión es una

cuestión de entendimiento! Tal como el espíritu del creyente es rígido, en consonancia con el objeto que ningún alma piadosa consigue hacer suyo y al que es preciso someterse, así su rigidez es firme ante este asunto: entendimiento. ¿"entendimiento frío"? ¿Será que sólo conocen este frío entendimiento? ¿No saben que nada es más ardiente, más heroico que él? "Censeo Carthaginem celui-là delendam", le decía el entendimiento a Catón, y él permaneció sano por ello; "La tierra gira en torno al sol", enunciaba el entendimiento de Galileo, incluso el pobre anciano, de rodillas, abjuraba la verdad, y al levantarse repetía "y sin embargo gira alrededor del Sol".

Ninguna fuerza es suficientemente grande para derrocar el pensamiento de que dos y dos son cuatro, y la inmutable palabra del entendimiento permanece: "esta es mi posición, no me es posible alterarla". La base de un entendimiento tal que solamente es incommovible porque su objeto ($2 \times 2 = 4$, etc.) no se deja derribar, ¿este debería ser el caso de la religión? ¡Es precisamente el caso! La religión también tiene su objeto incommovible bajo cuyo poder cayó y solamente el artista que lo creó para vosotros podría quitarlo. Es que en sí misma no tiene genio. No existe ningún genio religioso y ciertamente nadie pretenderá que en religión se deba distinguir entre genios, hombres de talento y personas sin talento. Todos tienen las mismas aptitudes, que no difieren de las necesarias para la comprensión del triángulo o el principio de Pitágoras. Por eso uno no confunde la religión y la teología, por cuanto respecto a la segunda no todos tienen las mismas capacidades, como ocurre con las

matemáticas y la astronomía de alto nivel, porque estas cosas requieren un nivel particular de cálculo. Solamente el fundador de la religión es un genio brillante, pero es también creador del ideal: esta creación hace imposible cualquier genialidad posterior. Cuando está vinculado a un objeto, cuando su libertad de movimiento es definida precisamente por este objeto, porque el creyente dejaría de serlo, si quisiera, debido a una duda decisiva sobre la existencia de Dios, yendo más allá de su objeto, que al final de cuentas es insuperable, un poco a la manera de aquel que, creyendo en fantasmas, cesaría hacerlo si llegase a dudar de forma decisiva de su existencia, del objeto de su creencia. El creyente solamente construye "pruebas de la existencia de Dios" en la medida en que, dentro de ésta se encuentra una posibilidad de libre movimiento para su entendimiento y su perspicacia, cuando, decía, el espíritu es dependiente de un objeto que pretende explicar, escrutar, sentir, gustar, etc., mientras no es libre, no es un genio, la libertad es la condición de la genialidad.

Una misericordia inspirada es tan absurda como un tejido inspirado. La religión sigue siendo accesible incluso a los espíritus más mediocres, y cualquier tonto desprovisto de imaginación puede tener siempre y tendrá siempre acceso a la religión: su falta de imaginación no le impedirá vivir dependiente. "¿Pero el amor no es la esencia más auténtica de la religión? ¿No es una cuestión de sentimiento, en vez de entendimiento?" Tanto da que fuese un asunto del corazón, ¿sería por eso menos cuestión del entendimiento? Es un asunto del corazón en cuanto ocupa totalmente mi

corazón. Eso no imposibilita el compromiso total de mi entendimiento, no que le acarrea nada particularmente bueno: el odio y los celos pueden igualmente ser preocupaciones del corazón. En realidad, el amor no es más que una cuestión de entendimiento y eso en nada menosprecia su título de asunto del corazón. El amor, de todos modos, no es asunto de la razón, pues en el Reino de la razón hay menos amor que en el celebrado en el Reino del cielo, según las palabras de Cristo. Es cierto que se habla de amor irracional. Pero, o es tan irracional que no tiene ningún valor y es por tanto cualquier cosa menos amor, como esos entusiasmos por bellas caras a los que con frecuencia y precipitadamente se da el nombre de amor, o lo es solo temporalmente, un amor que esté actualmente más allá de la expresión del entendimiento, pero con todo ser expresión.

Es lo que ocurre con el amor infantil: al principio solo es racional en sí, sin discernimiento consciente, pero no deja por ello, desde luego, de ser una cuestión de entendimiento pues está en conformidad con el del infante, naciendo y creciendo con él. Durante todo el tiempo en que la criatura no manifiesta ninguna señal de entendimiento, como cualquiera podrá percibir, no manifestará tampoco ninguna señal de amor, por experiencia propia — se comporta como un ser pura y simplemente sensible y en la realidad inmediata nada experimenta acerca del amor. Su amor comienza al distinguir los objetos que se separan del caos general que contiene la totalidad — de la que los hombres forman parte — y que entonces enfoca sobre sí el afecto más que sobre otro y con el miedo - o, si se desea, con el respeto. El niño ama

porque una forma exterior u objeto, una presencia humana, ejerce sobre él su imperio o su encanto — él consigue distinguir perfectamente de los otros seres la significación maternal de su madre, aunque no expresarla de forma racional. Antes de su inteligencia despertar, el niño no ama y su más profundo abandono amoroso no es más que comprensión íntima.

Cualquiera que haya sabido observar juiciosamente el amor de los niños encontrará este principio confirmado con su experiencia. Mas cualquier amor, y no solamente el del niño, crece o desaparece conforme a la comprensión que posee del objeto (tal así se oye a menudo, si bien con torpeza, pero muy designando el nombre del amor). Basta con que surja un malentendido para que el amor lata más o menos fuerte; y uno incluso utiliza la palabra "malentendido" para significar exactamente la discordia que disturba al amor. Se va y se pierde irrecuperable el amor siempre si uno se engañó completamente en una persona: el "malentendido" es entonces completo, y el amor extinto.

Un Objeto, un Opuesto, le es imprescindible al amor. Posee esta propiedad en común con el entendimiento, que constituye, precisamente, la única y auténtica actividad religiosa del ser religioso, porque el entendimiento solo es el pensamiento sobre un objeto, solo devoción y mediación, y no libre, descarado, 'razonable' pensamiento, que la religión considera más bien "elucubraciones filosóficas" y como tal condena. Pero si bien el entendimiento necesita de un objeto, su eficacia cesa inmediatamente en cuanto haya

absorbido su sustancia al punto de ya no requerir de esta materia para su actividad, terminando con él. Con el final de su actividad desaparece su interés por el tema, porque éste deberá seguir siendo un misterio, si se quiere que esté abandonado con el amor y le consagre todas sus fuerzas. Por eso aquí pasa lo mismo que con el amor - el matrimonio solamente sigue garantizando un amor duradero en el caso de que los esposos aparezcan ante otro, en el día a día, bajo un nuevo aspecto y solamente si cada uno reconoce en el otro una fuente inagotable de nueva vida, un misterio insondable más, e inaprensible.

Desde el momento en que ya no encuentran nada de nuevo uno en otro, entonces el amor se disuelve irresistiblemente en la indiferencia y en el problema. De la misma manera, el entendimiento solamente existe mientras siga en activo y en cuanto deje de poder seguir ejerciendo sus fuerzas en la comprensión de un misterio, vista la negrura de haber desaparecido, abandona entonces el objeto tornado inteligible y sin sabor. Quien quiere ser amado por él debe evitar, a la buena manera de la mujer sabia, ofrecerle de una sola vez todo su atractivos. ¡Sed diferentes cada día y el amor durará por siglos! Hablando propiamente, es el misterio el que convierte una cuestión del entendimiento en un tema del corazón - el hombre entero, a través de su entendimiento, es su tema, es esto que hace de este último un tema del corazón.

Ahora, si el arte crea el Ideal y por medio de eso un objeto, con el que el espíritu pugna largamente y en este combate, valoriza la pura actividad del entendimiento, es también creador de la

religión por lo que, en un sistema filosófico como es el de Hegel, no podría ocupar un lugar posterior a la religión. No solamente los poetas Hesíodo y Homero "dieron a los Griegos sus dioses", sino que otros, como los artistas, han establecido religiones, aunque uno dude de darles este título, quizá, por considerarles demasiado superficiales. El arte es el principio, el Alfa de la religión; es sin embargo

también su fin, su Omega. Es su compañera incluso. Sin arte y el artista creador del Ideal la religión no existiría, pero cuando el artista toma como base de su arte a sí mismo, la religión desaparece; pasa a través del arte debido a este reanudar incesante de su obra y está también a través del arte que conserva. Por otra parte, la filosofía nunca crea una religión, porque nunca produce formas visibles que puedan servir de objetos para el entendimiento, y sus ideas insensibles no se prestan a ser los objetos venerados por el culto religioso de la adoración. Por otra parte el Arte sigue siempre, al contrario de filosofía, obligándose a dibujar y aclarar dentro de la oscuridad encubridora del tema la forma apropiada y mejor del espíritu, y para desarrollarlo y lanzarlo como objeto. En eso, en los soportes del hombre opuestos a este objeto, esta creación de su espíritu, el dios, e incluso el artista se cae ante él a sus rodillas. En este contrato e implicación con el objeto, la religión persigue un contrario del curso del arte. En el Arte, el mundo del artista se fija ante sus ojos como objeto, un mundo que el artista ha traído adelante y ha concentrado de los plenos poderes y de la riqueza de su propia esencia, un mundo que satisfará cada necesidad y desear verdaderos. Para su parte, la religión se esfuerza recuperar

este mundo de nuevo para la esencia del hombre, para dibujarlo de nuevo a su fuente, para hacerlo otra vez subjetivo. La religión se esfuerza para reconciliar el ideal, o dios, con la persona, el Sujeto, desnudándole de su dura objetividad.

El dios debe llegar a ser interno - no Yo, pero Cristo vive en mí, desgarrado del ideal, se esfuerza en ganar la tolerancia de Dios y su Gracia, y finalmente transformar a Dios en su propio ser [Gott und Gottes Gnade zu gewinnen und endlich Gott ganz zu seinem Ich zu machen], y también el Dios, separado de la persona procura ganar por otro lado para el Reino de los Cielos: ellos se suplementan y se buscan los dos. Sin embargo, nunca se encontrarán uno y otro, y nunca se unirán, porque entonces la religión desaparecería, pues la religión existe solamente debido a esta división. Por consiguiente, el creyente espera nada más que tendrá algún día una visión cara a cara. Mas el arte acompaña también a la religión por la interioridad humana, enriquecida por el combate con el objeto, termina otra vez, merced a un genio, en la nueva creación que el Objeto citado transfigura y embellece. Apenas una generación pasa sin una, gracias al Arte. Finalmente sin embargo el arte está también en el fin de la religión. Toma el espíritu alegre su producto otra vez reclama, y haciéndolas suyas, roba su Objetividad, las redime fuera del Otro, en que había decaído durante la época de la religión, y no se contenta con embellecerlas meramente, sino que las destruye completamente. Su criatura, la religión, reivindicada por el Arte, aparece en la caída de la religión, y en que representa la seriedad en un tono jocoso, como una alegre comedia, toda la gravedad perdida de la antigua creencia

que debe regresar al jovial poeta, el arte se encuentra a sí mismo y descubre en él una nueva fuerza creativa.

Por lo tanto, la religión se presenta como comedia ridícula. Porque – nosotros no reprochamos su crueldad – cuanto más cruelmente destructivo sea en la comedia, más inexorablemente restaurará eso que tiene intención de destruir. Crea un nuevo Ideal, un Objeto nuevo y una religión nueva. El arte no puede evitar rehacer una nueva religión; las pinturas de Raphael transfiguraron a Cristo en tal luz que se volvió el fundamento de una nueva religión, la religión del Cristo de la Biblia "purificado de todos los dogmas humanos". Desde el primer momento, cuando su actividad de reflexiva e incansable comprensión comienza a perseguir en todo momento un nuevo Objeto, constantemente ahonda en su inteligencia cada vez más profunda hasta que finalmente tenga conciencia de sí mismo en su total interioridad: es con el amor más dedicado, que hunde el Objeto en sí mismo y asiste atento a sus inspiraciones y revelaciones. Pero aún este entendimiento religioso es tan ardiente en el amor con su Objeto propio que debe tener odio para cualquier otro que no arda con él - el odio religioso es inseparable del amor religioso. Quien no tiene el mismo Objeto por creencia es un hereje y el que admite la herejía no está realmente en la plenitud de la misericordia. ¿Alguien negaría que Felipe II de España fue un espíritu infinitamente más religioso que José II de Austria, que Hengstenberg lo era auténticamente, pero Hegel no? En la medida en que, en nuestro tiempo, el odio perdió algo de su fuerza, el amor a Dios se debilitó, cediendo la época a un amor humano basado en la moralidad y

no en la misericordia. Es que éste, demuestra más solicitud por el bien de la humanidad que por Dios. El tolerante Federico "el Grande", no puede realmente pasar por un modelo de religiosidad, pero, sí perfectamente por un elevado modelo de humanidad. Quien sirve a Dios, debe hacerlo completamente.

Es, por ejemplo, una demanda pervertida e irrazonable al Cristiano que no levante obstáculos a la existencia judaica - incluso el Cristiano con el corazón más templado no puede contra eso si no quiere ser indiferente a su religión; actuar de otra manera sería de su parte desconsiderado. Si refleja como un hombre de acuerdo sufre las consecuencias de su religión, deberá excluir a los judíos del derecho cristiano o, lo que es lo mismo, del derecho de los Cristianos y esto, sobre todo, respecto al Estado. Porque la religión es, para todos los que no la siguen con tibieza, un estado de división. Y por eso, ésta es la situación del arte ante la religión. La religión tiene en el ideal un misterio, y, sosteniendo rápidamente al objeto y haciéndolo dependiente sobre sí mismo se vuelve en cada hombre religiosidad, más profundo cuanto más firmemente se vinculó con su objeto. Pero en cuanto el misterio se aclare, en cuanto la objetividad y la particularidad ajena sean rotas y, de esta manera, destruido el combustible de una determinada religión, la comedia debe realizar su deber y liberar al mejor hombre, a través de la prestación de la prueba evidente del drenaje, o, del examen de su objeto, de su antigua creencia que la conectaba quien ahora se devasta. La comedia, como

conviene a su esencia, se apodera en todos los ámbitos de aquello que haya de más sagrado y se aprovecha, por ejemplo, del Sacrosanto Matrimonio, pues él no es más para sí mismo - en el actual matrimonio - Santo, es más bien una forma vacía a la que no se debe seguir amarrado por más tiempo. Pero aún la comedia precede la religión, tal como el arte lo hace en su conjunto: se limita a vaciar el lugar para recibir el nuevo cuyo arte anhela dar forma. Si el arte constituye el objeto y si la religión vive solamente por la secuencia a este objeto, la filosofía se distingue muy claramente tanto de uno como de otra. Esta última no se opone a un objeto a la manera de la religión, ni crea uno, a la manera del arte. Al respirar la libertad, por el contrario, amplía su mano destructora tanto contra la constitución del objeto, como contra la propia objetividad. La razón, espíritu de la filosofía, se ocupa solamente de ella y no se preocupa con ningún objeto. Para el filósofo, Dios es tan indiferente como una piedra - el filósofo es un ateo dedicado. Si se ocupa de Dios, no hay reverencia aquí, solamente rechazo - en ella solamente vive la luz de la razón que busca lo que se ocultó bajo cada forma. La razón se busca solamente a sí misma, se preocupa solamente de sí misma, se ama solamente a sí misma - o, hablando más propiamente, puesto que no es uniforme el Objeto a sí mismo - no se ama, está simplemente consigo misma. Y por eso, con buen instinto, Neander ha proclamado la destrucción del "dios de los filósofos". Solo que no nos proponemos hablar más aquí de filosofía: se encuentra más allá de nuestro tema.

EN